

El Lamento del Hombre Muerto (Robert) Capitulo  
Primero



# Capítulo 1

## Robert

Una suave niebla flotaba alrededor de unos viejos árboles de un viejo bosque.

La luz de la luna brillaba sobre la oscura y espesa sangre que manaba de los retorcidos troncos y raíces de los corrompidos árboles arrugados. El suelo calcinado cubría todo más allá de donde alcanzaba la vista. Las cobrizas hojas de los árboles permanecían inmóviles, a falta de un viento que las agitara. Un pequeño lago burbujeante, infestado de cadáveres aun en descomposición, armados con sus antiguas armas y ropajes, desentonaba con gran amargura. Los blasones de sus jubones habían quedado ahogados por la suciedad y el paso de los años. Los arrugados jirones de carne podrida se desprendían con facilidad de sus negros huesos. Miraban con las cuencas vacías e inexpresivas a la nada, mientras sujetaban entre sus inertes dedos huesudos el acero que antaño les dio la gloria y el fracaso. Entre la maraña de restos convivían gusanos, las larvas, moscas, mosquitos y, una extraña especie de rana de color verde, con lunares amarillos y naranjas, llamada Silus. Fue bautizada en honor a su difunto descubridor, Silus Obort. Murió poco después al probar accidentalmente el veneno. Se arrojó por el acantilado Verde después de mostrar síntomas de locura e histeria. <<Soy un gigante>> aquellas fueron sus últimas palabras mientras casi a la vez que sonreía.

No era la primera vez que Robert paseaba por aquel sombrío lugar. Cada noche lo visitaba. Al igual que la noche anterior y la anterior... A diferencia de sus compañeros de la guardia que, preferían visitar el prostíbulo de la Dama Rosa, muy cerca del puesto fronterizo, en un pequeño pueblo maderero de no más de cien habitantes. Un cuervo negro de ojos verdes le daba la bienvenida todas las noches, sobrevolando sobre su cabeza, graznando y agitando las alas, a la espera para poder arrancarle los ojos de las cuencas y darse un succulento manjar. Nada que ver con la bienvenida que recibían sus compañeros de la Dama Rosa.

Un olor putrefacto manaba de todos los rincones. El olor era tan desagradable que en ocasiones era casi imposible llevarse una bocanada de aire fresco a sus pulmones azotados por la enfermedad. Pequeños remolinos de tierra lo seguían. El humo de algún lejano incendio, al que no alcanza ver, se entre mezclaba con la neblina que flotaba alrededor de los árboles. Tenía los ojos enrojecidos y escocidos.

Puso un pie sobre el suelo calcinado y luego otro, como si hubiese olvidado como caminar. Estaba blando y crujiente. Le recordaba al pan que casi todas las mañanas robaba cuando tan solo era un niño de once años. Crujiente y dorado por fuera y blando y esponjoso por dentro. Todo

un manjar digno de robar. Muy diferente del pan que solía salir todas las mañanas de las cocinas del puesto de la guardia fronteriza. <<No me aliste por la comida>> nadie en su sano juicio lo haría.

—¿Qué camino sigo hoy? —preguntó al cuervo, mientras miraba hacia la oscuridad—. Ayer fui por ese y la otra vez por aquel— le señaló con la mano para que el cuervo pudiera verlos. El cuervo no le hizo caso. Tenía clavada la mirada en un agujerito que había en la rama—. Iré por el de la izquierda, aunque da igual el que tome, todos me llevarán al mismo lugar— sus palabras se congelaron en el aire helado.

Picoteó un gusano que salió del interior de la rama, aleteó las alas negras y se lo tragó. Soltó un graznido y movió la cabeza.

—Sigamos nuestra marcha— dirigió sus pies descalzos hacia el camino que había elegido, bajo la atenta mirada de su acompañante alado. Aun saboreaba su reciente comida. Era extraño, no sentía nada; ni frío, ni dolor. Era como si sus pies estuvieran tan muertos como los hombres que dormían apaciblemente en la ciénaga. A veces los envidiaba.

Las horas pasaban rápido por aquellos caminos y senderos. <<Todo parece exactamente igual amigo, podrías echarme una mano y decirme por dónde ir. Desde ahí arriba todo se debe de ver mejor>> Los árboles eran casi todos iguales, retorcidos y manchados de esa sangre negra y espesa que manaba de su interior. Mirase adonde mirase había estanques cubriendo las zonas allí donde no habían logrado crecer los árboles. Pequeños arbustos con pequeñas púas cubriendo sus ramas desnudas y medio secas, crecían entre las raíces de los árboles más grandes, alimentándose de su sangre como sanguijuelas.

De vez en cuando alzaba la mirada al cielo de ramas y hojas para intentar ver la luna que dejó atrás mucho antes de que su viaje comenzara. Su amigo había desaparecido y aparecido otra vez. <<¿Adónde irá?>> Se preguntó en el interior de su cabeza para que el cuervo no pudiera oírlo.

Un zumbido muy leve llegó hasta él. No era difícil pasarlo por alto. Era el único ruido que se oía allí dentro, aparte del graznar del cuervo y el crujido de sus pisadas.

Dirigió sus pasos hasta el ruido, otra vez. Ya estaba cansado de hacer siempre lo mismo. Recorrer los mismos caminos, ver los mismos pantanos apestosos, con sus repugnantes incestos y el cuervo revoloteando sobre su cabeza. <<No me voy a morir cabrón enfermizo.>> se repetía una y otra vez para sí.

A pocos metros de él, una pequeña luz roja, seguida de unos zumbidos más fuertes, apareció entre dos árboles. A la vez que avanzaba la luz se hizo cada vez más visible y el zumbido más irritante. Detuvo sus pies a

quince pasos de ella. Como si tuviese otra alternativa. La luz manaba de un gran altar de granito color azulado, con vetas en azul y rosa y con unas inscripciones en una extraña lengua que desconocía y que no había visto nada más que en aquel bosque.

La inscripción estaba destruida en gran parte. En el otro extremo estaba intacta:



Robert se acercó con cautela al altar para ver más de cerca aquella extraña luz en forma de semicírculo que desprendía un intenso calor. Cuando estuvo de frente, vio que aquella luz provenía de una pequeña piedra roja, tallada con algunas formas negras que no lograba distinguir. Jamás había visto nada tan bello y tan cautivador como aquella piedra.

<<¿Cómo es posible que exista algo así en un lugar tan lúgubre como este?>> Se quedó embobado mirando como sus líneas cambiaban de lugar y de forma. Los dibujos en forma de rombo que bailaban dentro de sus cuadrados, se agrandaban y se empequeñecían hasta tal punto que desaparecían y volvían a aparecer. Sus colores brillantes como el mismísimo sol se oscurecían y se aclaraban. Entendió porque alguien querría adentrarse en un lugar tan desagradable y nauseabundo como ese. Tras unos segundos, se llenó de orgullo. Nadie había llegado tan lejos. Todos habían muerto en alguna apestosa ciénaga o, acabado en el estómago de alguna criatura que no había logrado ver.

## Capítulo 2

Metió la mano inconscientemente para agarrar tan maravilloso tesoro. Su interior estaba tan frío como el hielo. <<¿Por qué haré todas la noches lo mismo si ya sé cómo va a acabar todo?>>

La luz comenzó a envolverlo todo, dándole al bosque un aspecto aún más aterrador del que ya tenía. Retiró la mano. Un pinchazo le recorrió desde el codo hasta la muñeca. Aún conservaba su brazalete de cobre entrelazado. Intentó mover sus agarrotados dedos azulados. No había sentido tanto dolor como el que sintió en ese sueño. Clavó la rodilla en el suelo calcinado.

<<Esto no es real—se dijo así mismo a la vez que se golpeaba la cabeza con la palma de la mano—. Esto no es real— removi6 la tierra quemada desesperadamente—. ¿D6nde est6?— se pregunt6— ¿D6nde cojones esta? Estaba aqu6, porque no est6>>

Camin6 de rodillas, escarbando al igual que lo har6a un perro, hasta encontrar los huesos de alg6n desdichado animal. Sus u6as y sus dedos estaban negros como el suelo por el que se arrastraba, cubiertas de tierra y holl6n. Quit6 los resto de pelo y piel podrida. Parti6 una de las costillas del animalillo y se pinch6 repetidas veces en dedos y manos. Ni una gota de sangre sali6 de sus amoratadas venas. Ten6a la piel tan dura como el cuero de las armaduras que usaban los reclutas en los entrenamientos.

Su amigo alado se pos6 sobre su cabeza y dio unos cuantos picotazos en su enmara6ado pelo negro. Lo apart6 de un manotazo y se toc6 con la otra mano. El cuervo sali6 volando entre protestas. Cada uno de sus dedos se manch6 de sangre, o eso cre6a, o parec6a, no estaba muy seguro. Dirigi6 la mirada de nuevo hacia su mano. El color azulado desapareci6. Movi6 los dedos con asombro. <<Para que me sorprenda, ya sab6a que esto iba a pasar. Tonto de m6— golpe6 el suelo con el pu6o cerrado. Algunas astillas de hueso se clavaron en su mano—. ¿Por qu6 me pasa esto?>> Se pregunt6. Ten6a unas ganas tremendas de acurrucarse en una esquina y echarse a llorar. Pero ni eso pod6a hacerlo, qu6 pensar6an de 6l, un guardia fronterizo sollozando como un ni6o. En esos momentos dese6 con todas sus fuerzas volver a ser un ni6o para pedir ayuda.

<<¿Qui6n me ayudari6?— pens6 amargamente—. Solo estamos 6l y yo, y no creo que pueda ayudarme.>>

Se acord6 entonces de la 6nica persona que se hab6a preocupado por 6l, un mendigo de bast6n de roble, barba afeitada y la cabeza rapada cubierta de cicatrices. Sol6a vivir cerca de las criptas de la Mano Rota, entre los restos de un viejo edificio, a las afueras de la ciudad. El mendigo

solía contarle historias sobre los fantasmas que habitaban entre los restos. Fantasmas de señores pasados, que siglos atrás habían dominado la ciudad de Dorem.

<<Esto no es real— se repitió así mismo—. Esto no es real. Debo actuar como un hombre y no como el niño asustadizo que era.>> Robert se recompuso, al menos por el momento. Siempre estaba muy presente el cobarde que habitaba en lo más profundo de su interior. El cobarde del que todos se reían y mofaban.

Consiguió levantarse del suelo, con los pantalones y las mangas de la camisa manchadas de hollín y barro. Una pesada puerta de madera, cubierta de enredaderas de hojas blancas, situada detrás del altar, comenzó a abrirse poco a poco. El crujido de la vieja y apolillada madera y el ruido que producían las frágiles ramitas de las enredaderas al partirse, lo puso muy nervioso. Recordó lo siguiente que iba a suceder. <<Esto no es real— cerró los ojos con fuerza mientras se repetía lo mismo—. Esto no es real. Esto no es real.>>

Abrió los ojos y miró directamente hacia la vieja construcción. Las grietas y recovecos habían sido cubiertos por todo tipo de hierbajos y de la tierra que las lluvias habían arrastrado. Robert podía sentir como los seis ojos de piedra, con lágrimas de sangre grabadas en la pared del edificio, lo miraban. La oscuridad total inundaba la habitación, impidiéndole ver lo que ocultaba en su interior. Algo comenzó a moverse dentro de la habitación. El niño asustadizo que habitaba en él estaba a punto de salir nuevamente. El corazón comenzó a latirle con fuerza.

—Robert— susurró una voz ronca procedente de todas partes y a la vez de ninguna parte—. Robert...Robert...

—¿Quién eres?— respondió Robert tembloroso—. ¿Qué quieres de mí?

—No quiero nada de un mortal insignificante, eres tú el que me ha estado buscado todo este tiempo, por eso te he traído hasta mi reino.

—No sé quién eres ni porque estoy aquí, como voy a querer buscarte. No eres nada para mí—. Robert se movía de un lado a otro, intentando localizar la voz que le hablaba. <<Recuerdo haber oído esta voz en alguna otra parte.>>

—Busca en tu interior y podrás encontrarme— respondió la voz.

—¡Muéstrate!— gritó con fuerza—. ¡Muéstrate!

—¿Por qué tiembles? ¿Me tienes miedo?

Se agarró la mano con fuerza para intentar controlar el temblor que se había desatado.

—Aun no eres digno de verme, puedo sentir el miedo de un niño en ti. Este mundo es solo para aquellos que son capaces de ver más allá de lo que tienen ante los ojos.

—No soy ningún niño.

—Si lo eres— dijo la voz—. Podrás verme cuando seas capaz de dejar atrás tu pasado, solo entonces podrás moverte libremente por el mundo de los vivos y los muertos, la luz y la oscuridad. Hasta que ese día llegue tendrás lo que te mereces. La oscuridad será tu hogar.

—No eres real, nada de esto lo es.

—Si lo es...— soltó una carcajada.

La extraña voz se desvaneció entre la oscuridad. La puerta se cerró de golpe. Trozos de tierra y gravilla sembraron el suelo.

Robert despertó muy alterado de su sueño. El corazón le latía con extrema fuerza. Le costaba trabajo respirar. El sudor provocado por el miedo se deslizaba por toda la cara. <<Otra vez ese sueño.>> se dijo mientras trataba de coger una bocanada de aire fresco. Ya era la cuarta semana seguida que había soñado con aquella extraña pesadilla, y aun no sabía el porqué.

## Capítulo 3

Una fuerte ráfaga de viento golpeó violentamente la ventana de su habitación. La nieve entró. Robert se levantó para cerrarla. Diminutos copos de nieve caían en mitad de la oscura noche. Un manto blanco de un palmo de altura cubría el patio y la extensa pradera que se interponía entre él y el Bosque del Lobo. La nieve se acumulaba en los tejados, en las torres y los árboles. Recordó lo mucho que había deseado de niño ver aquel manto de nieve con el que poder jugar. <<Ya no soy un niño.>> Intentó convencerse de sus palabras. A lo lejos, sobre una de las empalizadas, vio como uno de los mozos de cuadras quitaba con una pala de madera y metal oxidado, la nieve que se iba acumulando sobre los tablones de pino. Montículos de nieve se extendían a todo lo largo del suelo.

Cuando apartó la mirada del muchacho pudo ver como uno de los guardias, envuelto en un grueso abrigo de piel de licántropo, gorro de lana y guantes de cuero, paseaba por la empalizada agitando contra su cuerpo la mano que le quedaba libre. Podía verse como el aire que salía expulsado de su boca y su nariz a través de la bufanda, se condensaba al instante. Cerró los postigos para que el viento no volviera abrirla y la nieve dejara de acumularse en el suelo combado de listones de madera.

Caminó hasta un pequeño mueble que sostenía una palangana de bronce con manchas verdosas, y una pequeña jarra blanca de cerámica con agua en su interior. Vertió un poco de esa agua y sumergió la cabeza. Un mar burbujeante salió a la superficie. Las manos aun le temblaban por el miedo y el agua helada. Un trapo descolorido y deshilachado le sirvió para secarse la cara.

Algo más despejado, pero con los nervios a flor de piel recorriendo cada una de sus extremidades, avanzó descalzo por el suelo rugoso, hacia un pequeño armario. Podía sentir como el frío de la madera se aferraba a sus pies. Abrió sus puertas para coger la ropa y comenzar a vestirse para el nuevo día que se avecinaba.

Sustituyó la camisa y los calzones de lana acolchada y empapada en sudor por otros del mismo color blanco apagado. Se puso la pesada cota de malla gris, unos pantalones marrones de fina lana rojiza y un cinturón de cuero con una simple hebilla de hierro. Cogió sus maltratadas y desgastadas botas de cuero. Ató a su cinturón su espada corta y su daga. Por último se echó a la espalda la capa de piel de licántropo y sus guantes de cuero. Antes de salir por la puerta se llevó bajo el brazo el casco de hierro que cubría su cara por completo. Sus ojos grises se perdían entre el acero y sus espesas cejas. En su frente llevaban marcado el símbolo de la

guardia fronteriza: una lanza y una espada cruzadas.

Robert bajó las escaleras hasta llegar al salón donde comían los oficiales. No le resultaba extraño que en aquellas horas de la madrugada la sala estuviera aun vacía. La chimenea estaba encendida. Se acercó hasta ella, se quitó los guantes y extendió las manos hacia las ardientes llamas. Uno de los nuevos cocineros que había llegado al fuerte, pasó junto a él, con la mirada baja y paso ligero. Aun llevaba los ropajes con los que había llegado hacía ya un par de días; pantalones de lana áspera como la corteza de un árbol, camisa de tela y un jubón blanco. Le sentaba mal; era demasiado ancho y de mangas largas. Eran las ropas de un hombre, no las de un muchacho de su edad.

—La comida no está aún preparada— dijo mientras movía las llamas con un atizador—. Si lo desea le puedo servir alguna bebida caliente y un poco de pan de pasas.

—No hace falta— respondió Robert, observando como el joven cocinero con la cara cubierta de granos y las manos y ropas manchadas, preparaba el fuego para el cocido de habas. <<Está muy delgado>> se dijo

—¿De quién son esos ropajes?— preguntó, examinando cada detalle del muchacho.

—Son míos m-mi señor— le respondió sin apartar la mira del fuego. Su rostro cubierto de grasa brillaba bajo la luz de las llamas—. Mi padre me los dio antes de partir de la granja. Eran suyos. Sus mejores ropas— dijo con orgullo—. Solo las llevaba cuando iba al gran mercado de Sellum a vender la cosecha de trigo y maíz.

—No son buenas ropas.

—Mi familia es pobre— dejó a un lado el fuego—. Mi padre quería que tuviese una buena presencia ante mi nueva familia.

—Familia— repitió ausente. Nunca había tenido nada parecido a una familia—. No debiste haberlos dejado. Quizás no vuelvas a verlos jamás.

—Esta es la única forma que tengo de salir de la dura vida del campo.

—Te has equivocado de lugar. Aquí solo hay miseria y muerte.

—Lo mismo ocurre en las tierras de las que procedo. Los bandidos atacan sin descanso. Roban y matan. Y nadie mueve un dedo por detenerlos. Por eso estoy donde estoy, para algún día poder hacer justicia.

—Haciendo gachas y agitando troncos...no creo que llegues muy lejos.

—Mi señor, usted lo consiguió.

Robert soltó una pequeña carcajada.

—Lo conseguí porque todos los que había por encima de mí desaparecieron en el Bosque del Lobo. Si tienes suerte moriremos y ascenderás, sino estarás toda tu vida haciendo esas tareas— señaló con su mano hacia la chimenea—. Al igual que yo hice antes que tú.

Dejó a un lado al muchacho para dirigirse por un ancho pasillo que lo llevaría directamente a las cocinas. Cuatro antorchas situadas en cuatro argollas que colgaban de las paredes de piedra ennegrecida, arrojaban luz al pasillo. Cuando entró por la puerta vio como los ajetreados cocineros preparaban apresuradamente el desayuno. Los aromas que allí respiró le abrieron el apetito. Junto a la puerta principal, Robert se sirvió de un trozo de humeante pan recién hecho que había en una gran banasta de mimbre. Se sentó en un taburete y comenzó a dar voraces bocados. El ardiente pan se le deshacía en la boca. Era como si llevase días sin probar bocado.

—Estaría más cómodo en el salón— le dijo un cocinero delgado, con el pelo largo, una larga barba canosa y un delantal cubierto de sangre, harina y vino tinto. En su mano llevaba un gran cuchillo de carnicero. El acero brillaba con la luz que desprendía el fuego que chisporroteaba en la gran chimenea. Una gran olla de metal colgaba de un gancho.

—Aquí estoy bien; esto me recuerda a mi hogar. <<Me recuerda al hogar que tuve durante una semana>>

## Capítulo 4

A los quince años trabajó en las cocinas de un señor menor de la ciudad de Linberis. Al séptimo día abandonó la casa, pero no sin antes llevarse algunos recuerdos que compartió gustosamente con su amigo el mendigo. Durante un mes, los dos estuvieron comiendo caliente y durmiendo en cómodos colchones de plumas de ganso. <<Una cama digna de un rey>> le decía el mendigo todas la noches, antes de irse a dormir. Le fue difícil dejar aquellas comodidades.

—¿Os criasteis en unas cocinas?

—Algo parecido— Robert miró como uno de los aprendices pelaba patatas. Cogía una del mugriento saco. Una mancha grisácea adornaba una de las esquinas. Le quitaba la piel con un pequeño cuchillo curvo y la echaba al cubo. Volvía a coger otra y otra y otra. <<Que trabajo más aburrido y desesperante— se dijo mientras el muchacho reía y bromeaba con otros cocineros—. Parece estar feliz de hacer eso.>> Ya no recordaba la última vez que sintió lo mismo que aquel joven e iluso aprendiz.

El cocinero lo dejó a un lado y siguió con su tarea. Robert se terminó la última miga de pan, se levantó y salió al exterior por una de las puertas por las que los cocineros guardaban los suministros y sacaban los pocos restos de comida que las ratas ya ni querían. <<Aquí no se desperdicia nada>> recordó las palabras del cocinero.

El tiempo era más frío de lo que creía. Robert percibió como los pocos guardias vigilaban en sus puestos, temblorosos, sin despegarse de las brasas que ardían con dificultad. Recorrió el patio bajo el incesante crujido de la nieve. Sus huellas se quedaban marcadas en la nieve por un breve tiempo, hasta que más copos las ocultaban.

Miró a su viejo amigo de paja, madera y cuero. <<Tu siempre tan callado como de costumbre>> el muñeco de prácticas permaneció inmóvil con sus brazos de madera señalando hacia el este y el oeste. La nieve se había acumulado en la base. Caminó hasta él. <<Mira lo que te han hecho>> examinó las flechas que tenía clavadas. Las plumas eran de oca y el astil de madera de cedro. <<Que pases buena noche Alfred>> le dio el nombre de uno de sus amigos de la infancia.

Dejó atrás a su amigo y se dirigió hacia la empalizada norte. Subió por las escaleras, agarrando con fuerza la barandilla para no resbalar y rodar hasta el frío suelo. El viento comenzó a soplar con más fuerza. La capa comenzó a ondear igual que una bandera en lo más alto de un mástil. La cota de malla crujía a su paso. Cuando estuvo arriba se topó con uno de

los guardias.

—No deberías estar durmiendo— dijo el guardia.

—Deberías tratarme con más respeto. Aún sigo siendo tu superior— dijo Robert. David estaba envuelto en pieles cubiertas de blanco. Solo llegaba a ver su congelada nariz picuda y sus ojos saltones.

—Por poco tiempo. Cuento los días que me quedan en este maldito lugar. Muy pronto estaré en la ciudad, lejos de este frío y ese bosque— miró su rostro cansado y agitado—. ¿Otra vez ese extraño sueño?

—Si— respondió Robert mirando hacia la nada. El camino de barro había desaparecido.

—Deberías hablar con el comandante— David se acurrucó aún más entre las pieles—. Puede que él sepa cómo ayudarte, es un hombre sabio. Ha viajado por casi todos los rincones del mundo conocido ¿Lo sabías?

—Ya lo sabía; es de lo único que sabe hablar cuando esta borracho— acercó las manos al fuego—. No sabes la suerte que tienes por abandonar este lugar.

—Nunca debería haberme alistado. Si hubiese sabido lo que ahora se...lo mandarían todo a la mierda y seguiría como pescador. No era una mala vida, dura, pero buena después de todo.

No mostró mucho interés en las palabras de David. Conocía su historia muy bien, al igual que la del resto de guardias. La lengua se les aflojaba con cada copa que bebían en el salón. El comandante hablaba sobre los innumerables viajes que había llevado a cabo durante su vida, David sobre la vida en alta mar. El cocinero sobre las cientos de formas de hacer un conejo; era como si no supiese hacer nada más. Freddy parlotaba sobre las campesinas de su aldea. Y así todos y cada uno de los hombres que habitaban en los barracones y habitaciones. Cada uno con su historia.

Robert clavó la mirada en una de las torres más cercanas a Alfred.

—¿Dónde está el guardia de esa torre?— preguntó Robert intrigado.

—¿Qué guardia? Esta maldita ventisca no me deja ver más allá de mis narices.

—El que debería haber en esa torre de allí— señaló con la mano hacia la gran torre blanca.

—Se habrá quedado dor...

Una flecha atravesó veloz el cuello de David. Unos cuantos eslabones de la cota de malla saltaron a la nieve. El cuero se desgarró allí donde la punta lo besó. Intentó balbucear algo.

La sangre comenzó a regarlo todo. El golpe fue amortiguado por la nieve que el mozo no había retirado con su pala astillada de madera. Robert se arrodilló para ver como la vida de su amigo se le escapaba de las manos. Otra flecha pasó silbante justo delante de él para estrellarse contra la empalizada. Sus ojos sin vida lo miraron fijamente. <<Adiós amigo.>> Cuando se levantó vio como los asaltantes saltaban por encima de la empalizada. Asomó la cabeza por encima de la muralla de madera; los enemigos seguían llegando. Una flecha le acertó en la vaina de su daga. Se asustó. Quito la flecha, con manos temblorosas. Los nervios y el miedo se estaban apoderando de él. Le costaba respirar.

Se tiró al suelo, junto al cadáver. Apartó la cabeza con uno de sus pies para que dejara de mirarlo. <<No puedo hacer nada— le dijo mientras abrazaba sus rodillas—. Soy un cobarde, aquella voz tenía razón. Todos lo sabéis y aun así confiasteis en mí. >>

Uno de los guardias de una de las torres corrió hasta él e hizo sonar la campana de hierro fundido que tenía a unos pocos pasos. Los copos de nieve se acumulaban en su capa. La campana resonó una y otra vez por todo el fuerte. Tomm...Tomm...Tomm. El sonido se entremezclaba con el silbido del viento. Robert se tapó los oídos mientras balanceaba su cuerpo hacia delante y hacia atrás. Las flechas seguían llegando de todas partes; de astil negro y plumas rojas y amarillas. Los guardias que dormían apaciblemente sobre sus camastros de paja, dentro de los barracones, comenzaron a salir. Aun medio dormidos y armados solo con espadas y lanzas. Si no los mataban los asaltantes, lo haría el frío.

El guardia agarró a Robert por la capa sin decirle ni una palabra y lo levantó como si nada. Lo bajó arrastras por las escaleras que daban directamente al patio de armas, donde el combate se desarrollaba más intensamente. <<Deja de mirarme. Tu no entiendes nada, solo eres un muñeco>> torció la cabeza para que Alfred no lo viera con su rostro de paja y cuerda trenzada de cáñamo. Vio con sus propios ojos como sus amigos y compañeros eran masacrados. Por todo el fuerte lo único que se oía eran los gritos y el cantar del metal chocar entre sí. La sangre comenzó a teñir toda la nieve, al igual que un pintor lo haría con un lienzo en blanco. Los guardias se retorcían de dolor; semidesnudos. Sus cuerpos pronto se amoratarían y se hincharían. Para Robert era la primera vez que se veía sumergido en un combate.

<<Esto no es real. Aún sigo durmiendo. iiiiiEsto no es real!!!!>> Se golpeó la cabeza con ira. El dolor era muy real. Tanto que llegó a sentir un

gran escalofrió. Todo lo que sus miedosos ojos estaban viendo era muy real.

## Capítulo 5

—Lucha, o yo mismo te mataré— le gritó el guardia a la vez que miraba atónito. Iba vestido con una gran capa de licántropo. Bajo ella vestía un jubón acolchado y un peto de cuero con remaches dorados.

—No quiero luchar, soy un cobarde— una lagrima recorrió su mejilla empapada en sangre y agua, hasta desaparecer en su barba sembrada por trozos de pan.

—Como quieras. Si morir como un cobarde es lo que quieres, respetaré tu decisión. Que los dioses te guíen al más de los terribles infiernos— el guardia corrió hacia el combate con una maza entre las manos y un escudo redondo.

Oyó como algo se acercaba por su espalda. Robert se giró muy lentamente, dibujando un círculo en la nieve. Vio a uno de ellos con una sonrisa dibujada en su rostro sudoroso y marcado por un corte.

—Así que eres un cobarde. Está bien saberlo. Procurare que tu muerte sea lenta y dolorosa.

Robert lo miró. <<Al fin mi patética vida va a terminar.>> su adversario vestía una pesada armadura de placas con hombreras de color verde. Tenía cosido con hilo basto un blasón; un sol rojo sobre un campo negro. Un cinturón de cuero rodeaba su enorme cintura. Su enorme cabeza iba protegida por un yelmo de cuero con algunas placas de metal. No se molestó en protegerse la cabeza con un caso más resistente. ¿Quién podría asestarle un golpe a tal altura?

<<Puedo sentir en miedo de un niño en ti>> recordó las palabras de la voz de su sueño.

—¿No saldrás corriendo?— preguntó—. Cuando mueras añadiré otra muesca a mi hacha, aunque seas un cobarde— el largo mango que sostenía estaba lleno de pequeñas muescas, tantas que no hubiera podido contarlas aun estando solo en la tranquilidad de su habitación con una buena jarra de vino y un pichón asado con zanahorias y patatas.

Le hubiese gustado responderle, pero no le salían las palabras. <<¿Por qué voy a querer huir? La muerte es mi única forma de huir de este mundo>> pensó. El labio superior le temblaba. Estaba empezando a coger el tono de la muerte.

Comenzó a reírse de él. Vio cómo su estómago se hinchaba y se deshinchaba con cada nueva carcajada que escupía por esa enorme boca. La cota de malla tintineaba. Desenvainó con sus temblorosas manos la

espada, la que tantas veces había usado contra su amigo de paja. Seguía riéndose sin parar. Estaba al borde de un ataque. <<Si sigue así no tendré quien me libere>> Tenía los dientes tan blancos como la nieve que pisaba, o al menos parte de ella. No lograba entender como un hombre de su edad pudiese tener semejante dentadura. <<Que importa como los tenga. Dentro de un rato estaré muerto y ya nada me importara.>> Aquella monstruosidad de carne y hueso, metal y cuero, que tenía delante no era ni de lejos tan inofensiva e inmóvil como Alfred.

El monstruoso hombre lanzó la pesada hacha. El baile dio comienzo. Sin saber cómo, su agarrotado cuerpo logró esquivar el ataque. La hoja se abrió paso por la nieve hasta clavarse en el barro. El hacha volvió a lanzarse contra Robert. La sangre y el barro que tenía pegada le saltaron a la cara. Retrocedió unos pasos. La hoja pasó tan cerca de su cuello que cortó las ataduras de su capa. El broche de bronce se enterró hasta la mitad cuando cayó a la nieve. No sabía si era el miedo lo que le hacía esquivar el metal o que aún quedaba en él un atisbo de valentía. Lo dudó. Quizás después de todo algo podía salvarse. Se quedó muy sorprendido al ver con que agilidad su oponente manejaba aquella pesada arma. Por un momento pensó que no era de este mundo.

<<¿Por qué no se cansa?— pensó en los demonios que aparecían representados en los textos sagrados—. No puede ser un demonio, ellos no tienen los dientes tan blancos>> el Gran Hijo Caído solía decirles en las ceremonias que cada uno veía a sus demonios de distinta forma. Eran grandes y pequeños, con mil caras y de mil colores diferentes. Con miembros largos y cortos, caras deformes o bellas. Un sinfín de posibilidades al alcance de las personas que debían afrontarlos.

Por un instante su miedo desapareció y comenzó a recordar todo lo que había aprendido durante sus tres años de entrenamiento con Alfred. El cobarde se había escondido. Cuando su adversario volvió a lanzar otro ataque, el pesado hacha se quedó clavada en un tocón que llevaba allí desde que él llegó. Cuando las cosas no le salían bien, desataba su ira contra el trozo de madera. Lanzó su espada contra el desprotegido cuello de aquella mole. El metal besó la carne. Levantó la espada sobre su cabeza y volvió a lanzarla otra vez y otra vez. La sangre brotó sin control. La cabeza, junto con el resto del cuerpo cayó al suelo. Robert cogió el miembro amputado para examinarle los dientes, no supo porque lo hizo. No era el mejor momento para saciar su curiosidad. Pero puede que esa fuese la única oportunidad de hacerlo <<Ya no los tienes tan blancos>> vio como dos afilados colmillos salían de su boca. En ese instante comprendió que no se estaban enfrentando a unos simples bandidos.

—¡Robert!— llamó el comandante de la guarnición mientras caminaba hacia el entre los cadáveres de sus hombres—. Esos malnacidos son

vampiros— podían verse sus palabras confusas en sus ojos ebrios.

—He matado a unos de ellos— dijo jadeante. Le mostró su trofeo igual que un niño enseña un nuevo descubrimiento. Tenía la boca y los ojos abiertos. Goteaba sangre de su cuello sobre los pies de Robert—. Mira. Son vampiros— metió su dedo en la boca para señalar los colmillos.

—¿Por qué iban a querer atacar en un lugar tan alejado de sus fronteras?— preguntó el comandante en voz alta. Pisó el broche de la capa de Robert. No sintió como la aguja atravesaba el cuero y se clavaba en su piel endurecida.

—No lo sé. <<De saberlo no estaría aquí, estaría en el burdel, bajo las sábanas de una cama caliente>> se mordió el labio amoratado. A penas pudo sentir como dientes se clavaban en la carne.

—Hay que avisar a la ciudad, deben saber de este ataque— le dijo—. Coge un caballo Robert y ve a la ciudad para informar de lo sucedido.

No dijo nada. Deseaba salir de allí lo más rápido posible, sin mirar atrás.

<<El cobarde ha vuelto>> se dijo con voz calmada.

Robert corrió a los establos con dificultad, sus pies se quedaban clavados en la nieve. Estaba desesperado por llegar hasta uno de esos caballos. No importaba cual. Habría salido corriendo si hubiese podido. Cuando llegó, un pequeño fuego había comenzado a originarse en la parte este, junto a los abrevaderos. Un humo gris comenzó a entrar en las cuadras de los caballos y asnos mientras los liberaba. Los animales relinchaban y coceaban asustados. <<Debo liberarlos a todos.>> Se dijo mientras abría uno por uno los cerrojos.

Los caballos quedaron libres de sus ataduras y corrieron asustados por todo el fuerte. Uno de ellos lo empujó contra un travesaño del que colgaba una lámpara de aceite. El aceite cayó contra un montoncito de paja seca mezclada con tierra y excrementos frescos. Fuego y humo cubrían ya todo el techo. Era espeso, como el potaje de habas que el cocinero estaba preparando. Una tos seca se apoderó de él. Robert logró liberar al último de los animales y montar. Era negro y robusto. Se agarró con fuerza a las crines y salió al galope, cuando algo lo golpeó en el pecho con tanta fuerza que lo derribó de la montura. Por un momento se quedó sin aliento. Todo a su alrededor giraba al igual que las aspas de un molino. Allí, tirado sobre la blanda nieve teñida de barro y sangre, pudo ver como el techo de los establos se desmoronaba y era devorado por las llamas. Una columna de humo se elevó muy por encima de las torres. El calor lo abrazaba.

Se puso de rodillas y levantó la cabeza. Cerró el puño. Los últimos gritos y lamentos se fueron desvaneciendo. El sudor se mezclaba con la sangre

que corría por su cabeza hasta perderse entre la capa de cuero y la armadura. A diez pasos, observó con indiferencia como el muchacho del salón era devorado. Había muerto con un cuchillo en las manos. Estaba limpio. <<Hasta yo he matado a uno de ellos— miró sus ojos verdes. Aún quedaba algo de vida en el—. ¿Sabrá lo que le está ocurriendo? Pronto resolveré mi duda>> Al regresar en sí, vio como había sido rodeado por sus enemigos. Uno de ellos lo miraba fijamente, con el rostro serio, adornado por una cicatriz. No reía. No decía nada, solo miraba.

## Capítulo 6

—Adonde ibas pequeñín— dijo el vampiro que lo derribó—. La fiesta aún no ha terminado para ti— lo miró con su único ojo. Era azul como el hielo. Una cicatriz de color blancuzco adornaba el lugar donde debería de estar el otro. Su armadura era pesada y muy roja. El blasón de su casa lo tenía grabado en una placa de metal sobre el corazón; una mariposa verde y amarilla sobre un campo amarillo y verde.

—¿Quién eres?— preguntó Robert tratando de levantarse. Le dolía a rabiarse la rodilla y le costaba respirar. No sabía si era por el humo o por el golpe, o por las dos cosas—. ¿Por qué nos atacáis?

—Mi nombre es Kein— respondió el vampiro, haciendo caso omiso al resto de preguntas—. Me gusta tu capa de lobo. ¿Mataste tú mismo al lobito o solo te limitaste a colgártela de la espalda?— miró la capa cubierta por la sangre del vampiro que Robert había decapitado.

Robert se levantó. Su rodilla le dedicó un dolorido crujido. El golpe que había recibido en el pecho le dolía casi tanto como el de la cabeza. A su alrededor los últimos de sus compañeros caían devorados por sus enemigos.

—¿Qué hacemos con él?— preguntó Kein al resto de vampiros.

—Yo tengo aun hambre— dijo uno de ellos relamiéndose la sangre que manchaba de sus labios y barbilla. Tenía sus pequeñas manos cubiertas de sangre. Su cabeza estaba protegida por un casco de cuero que hacía desentonar sus grandes y pobladas cejas. Uno de sus ojos era verde y el otro gris. Su nariz era picuda, muy picuda.

—Matadlo— dijo su líder—. Nosotros no nos alimentamos de la sangre de un cobarde. Graba eso en tu cabeza novato.

El vampiro con el ojo verde envainó la espada ensangrentada. Disfrutaba mucho matando a sus enemigos con sus propias manos. Siempre lo había hecho, incluso cuando era humano. <<Es la mejor forma de conocer a tu enemigo.>> Solía decirles a los demás. No le pareció igual de divertido cuando unos de sus compañeros lo estrangulo mientras dormía para arrebatarse el botín. Cuando despertó en las alcantarillas, rodeado de ratas y mierda, fue en su busca para cobrarse su venganza y su botín de oro y plata.

Rodeó el cuello de Robert con delicadeza y apretó con cierta fuerza. Cuanto más tardase en morir mejor, más podría sentir como la vida de su

presa iba desapareciendo poco a poco entre sus dedos.

De repente, la punta de una lanza atravesó el hombro del vampiro. Soltó un grito de rabia. Robert cayó al suelo. Freddy lo ayudó a levantarse. Sus pies fantasmales se arrastraban por la nieve. Lo subió a la montura. Dio un golpe al caballo y se puso al galope. Dirigió la mirada hacia Alfred. <<Adiós amigo. Volveremos a vernos en la otra vida>>

El caballo pasó por el arco de fuego en el que se había convertido la puerta. Una flecha se clavó en la silla de montar y otra en la pierna de Robert. A lo lejos pudo oír como el más absoluto de los silencios caía sobre el fuerte. <<Están todos muertos>> Torció la cabeza para mirar hacia el fuerte. Las llamas lo iluminaban en mitad de la nada. Deseó llorar con todas sus fuerzas, pero por primera vez en toda su vida no pudo. Nunca antes lo habían herido. Jamás habría imaginado que se pudiera sentir tanto dolor. Toda la pierna le ardía a rabiar, era como si el fuego lo hubiera alcanzado.

—Preparaos. Se nos ha escapado una de esas ratas— gritó rabioso el vampiro herido por la lanza.

—Dejadlo— dijo Demetrius Glish—. No llegara muy lejos— miró los establos—. Apagad ese fuego antes de que lo devore todo. Pronto amanecerá.

Los días y las noches pasaron. Cuando se cayó por tercera vez, se ató a la silla de montar con la cuerda de un viejo pozo seco de una granja derruida por el paso del tiempo. Robert estaba completamente desorientado a causa de las altas fiebres. Pronto todo acabaría, podía presentirlo. Se le escapaban de los labios las oraciones que el mendigo le había enseñado mientras observaban como los hijos caídos del Errante, paseaban por las calles de la ciudad, tocando las tres campanas de los Tres Caídos. <<Si todo lo que pregonaban tenía algo de cierto, no tardaremos en vernos mendigo>>

Al día siguiente comenzó a nevar y al siguiente paró. Atravesó una extensa pradera helada. Se desató del caballo. La cuerda le había dejado entumecida la espalda. No había ni una sola parte de su cuerpo que no le doliera. En varias ocasiones intentó arrancarse la flecha, pero le fue imposible, ya formaba parte de su pierna amoratada y hinchada.

El caballo lo llevó hasta un riachuelo medio congelado. Las briznas de hierba estaban atrapadas por el hielo. Un fino hilo de agua aun corría entre las piedras y los trozos de hielo que se habían desprendido. Allí resbaló y cayó junto a la orilla. Su cabeza se golpeó contra una frágil placa de hielo.

A cincuenta pasos de él, un grupo de nueve hombres...ocho...siete, no estaba seguro de cuantos, daban de beber a los caballos. Se quedaron mirándolo. Dos de ellos se acercaron con cautela. Vestían armaduras acolchadas con la zarpa de un licántropo bordadas en el pecho, sobre un campo rojo. Mientras otros dos cruzaban el riachuelo armados con arcos cortos.

El primero en llegar se arrodilló ante él y le dio la vuelta antes de que se ahogara. Los arqueros seguían apuntándolo con sus flechas.

—Maison— dijo el hombre. Soltó la espada en el suelo y se quitó el yelmo cónico, rodeado de cota de malla—. Aún sigue con vida.

—Subirlo a Sabio, lo llevaremos a la ciudad— dijo Maison—. Zagan sabrá qué hacer con él. Esperemos que sobreviva, me gustaría saber que le ha pasado y porque lleva una flecha vampira clavada en la pierna.

FIN

Todos los derechos reservados. Sujetos a derechos de autor.